



Desembarco en Tánger

TÁNGER

DIFÍCILMENTE podrían encontrarse dos países más distintos, entre los que por un estrecho se hallan separados, que los existentes á uno y otro lado del de Gibraltar. Y esta diferencia resulta más marcada aún, cuando el viajero que pretende trasladarse á Tánger toma como punto de partida la ciudad inglesa. En ésta se siente la vida agitada, bulliciosa y espléndida de las ciudades de Europa, de suerte que el europeo, sea el que quiera el sitio de donde proceda, puede respirar el aire de su país, en la semejanza que tienen con los de su patria, muchos de los usos, costumbres y espectáculos á que le es dado asistir. Tres horas más allá el nombre de nuestro continente suena casi como un nombre fantástico: cristiano vale tanto como enemigo: nuestra civilización es ó desconocida, ó temida, ó ridiculizada: cuanto

trasciende á cultura, desde los principios más rudimentarios de la vida social, hasta las manifestaciones más insignificantes de la vida privada, hállase completamente cambiado, y desvanecido todo aquello que podría acusar la proximidad de Europa. El viajero se encuentra en un país desconocido, al cual nada le une, y en el cual todo lo debe estudiar. Desde la playa se distingue todavía la costa europea; pero el corazón se presume de ella extraordinariamente alejado, cual si aquel estrecho brazo de mar fuese un océano sin límites, y las azuladas montañas que en lontananza descubre, mera ilusión de sus sentidos. En el breve espacio de tres horas, hase verificado en cuanto nos rodea, una de las más sorprendentes transformaciones que puede concebir la mente humana.

Y sin embargo, la emoción que se experimenta al sentar el pie por vez primera en aquel continente inmenso y misterioso, que desde los primeros años de la vida púntase la imaginación rodeado de peligros, desvanécese ante la manera como se verifica el desembarco. En tanto que desde el buque contemplaba las blancas casas de Tánger, que distintamente iban apareciendo, llegaron á mis oídos las siguientes palabras que, un si es no es asustada, pronunció una señora española:

—¿Qué querrán aquellas gentes?

Miré hacia el punto que indicaba, y junto á las lanchas que venían á nuestro encuentro para recoger á los pasajeros, ví un tropel de árabes andrajosos, semidesnudos y metidos en el agua hasta mitad de los muslos, que con ademán de poseídos, y cual si fuera una cuadrilla de salteadores que viendo la presa codiciada dijera:—Esta es la nuestra,—mostrábanse el uno al otro la embarcación. Ignorando lo que aquello fuese, y lo que dichos hombres pudiesen querer, salté como otros á la lancha, no del todo desprovisto de sobresalto y temor. En

cuanto nos hallamos á unos veinte pasos de la playa, toda aquella canalla de color de tierra cocida, abalanzóse á las chalupas, y colocándose entrambas manos á la espalda, comenzó á vociferar en árabe entreverado de castellano, hasta tanto que caímos en la cuenta de que, siendo imposible abordar, por carecer el mar de fondo suficiente, no cabía más medio que salvar el espacio llevados por ellos á cuestas, noticia que, sea dicho de paso, disipó el temor que de vernos desbalijados concibiéramos, y devolvió la tranquilidad hasta á los más interesados. Las señoras fueron conducidas á silleticas, como en triunfo, y por lo que á mí toca, puedo decir que hice mi entrada en África, montado en un mulato viejo, cuyo cogote acariciaba mi barba, en tanto que lamían mis plantas las bulliciosas aguas del Océano.

Llegado á tierra, confiéme mi mulato á otro ganapán árabe, que enfilando una de las puertas de la ciudad, condújome corriendo por una estrecha callejuela á una hostería existente en ella, de la cual salí inmediatamente acompañado de un guía, con el propósito de recorrer las calles más frecuentadas.

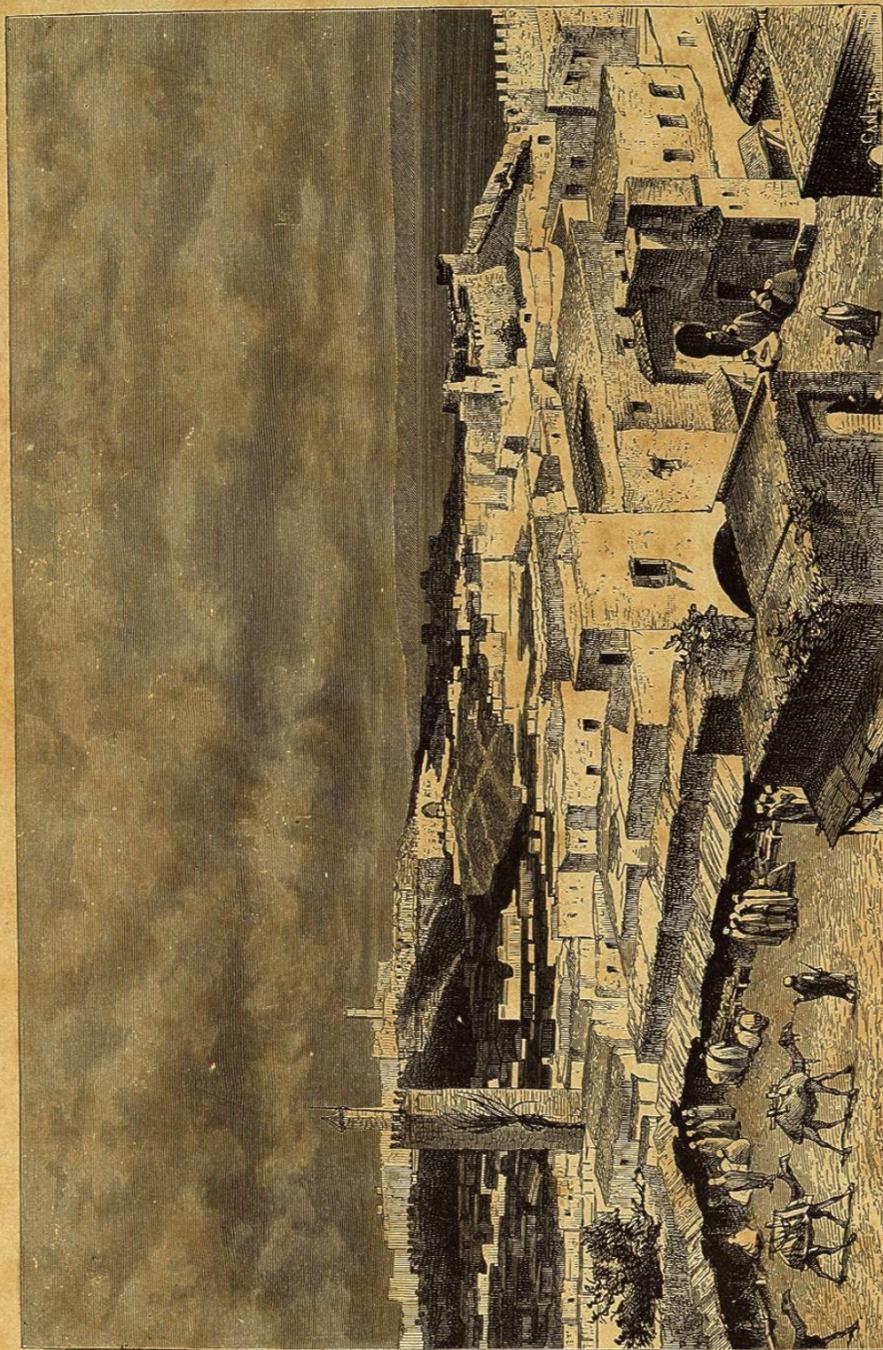
Lo primero que desde luego llamó mi atención, y por cierto con más sorpresa de la que podría expresar, fué el aspecto de los habitantes.

Usan todos una larga capa blanca de tejido de lana ó de hilo, con un gran capuchón echado casi siempre sobre la cabeza, de manera que la ciudad parece un vasto convento de padres dominicos. De esos diferentes seres encapados, unos andan lenta, silenciosa y gravemente, cual si trataran de pasar desapercibidos; los restantes permanecen sentados ó acurrucados á lo largo de las paredes, delante de las tiendas, ó junto á las esquinas, inmóviles y fija la mirada, como los seres

petrificados de sus leyendas. Su especial manera de andar, su singular expresión, el modo como miran, todo es nuevo para nosotros; todo revela un orden de sentimientos y de hábitos completamente distinto del nuestro; una manera de considerar el tiempo y la vida, que en nada á la nuestra se semeja. Aquella gente no parece preocuparse poco ni mucho en sus asuntos, ni del lugar en que se encuentra, ni de nada de lo que junto á ella se realiza. La expresión de su semblante revela al par algo de vago y profundo: diríase que se halla dominada por una idea fija, ó que piensa en algún lugar ó tiempo muy remotos, ó que sueña con los ojos abiertos.

En cuanto me hallé en medio de la muchedumbre, hirió mi olfato un olor especial, hasta entonces por mí no sentido entre la gente de Europa; no sé de qué, mas nada grato, y que, sin embargo, díme á aspirarlo con verdadera ansiedad, cual si debiese servirme para darme cuenta de algo desconocido. Al paso que avanzaba, aquellas gentes que me habían parecido iguales, presentábanme mil variedades distintas. Á mi lado discurrían rostros blancos, negros, amarillentos, atezados; cabezas adornadas de larguísimos bucles y guedejas, y cráneos rapados y brillantes como esferas de lustroso metal; hombres flacos como momias; viejos de una ancianidad horrenda; mujeres cuya cara y figura desaparecían bajo los pliegues de un velo de problemática blancura y hecho jirones; muchachos con largas trenzas; rostros de sultanes, de salvajes, de nigromantes, de anacoretas, de bandidos, de gente oprimida por una tristeza incomparable, ó por una congoja mortal; pocos ó ninguno sonriente, marchando unos en pos de otros con paso medurado y silencioso, cual procesión de espectros, á lo largo de las calles de un cementerio.

No sé por qué, mas á la vista de semejante espectáculo,



Tánger

Marruecos.

sentíme con necesidad de fijar en mí mismo la mirada y de decirme: —Soy yo, yo mismo, el que he sido hasta ahora. El suelo que piso es el África, y estos que contemplo son árabes,—y persistir durante algún tiempo en semejante reflexión para convencerme de ello plenamente.

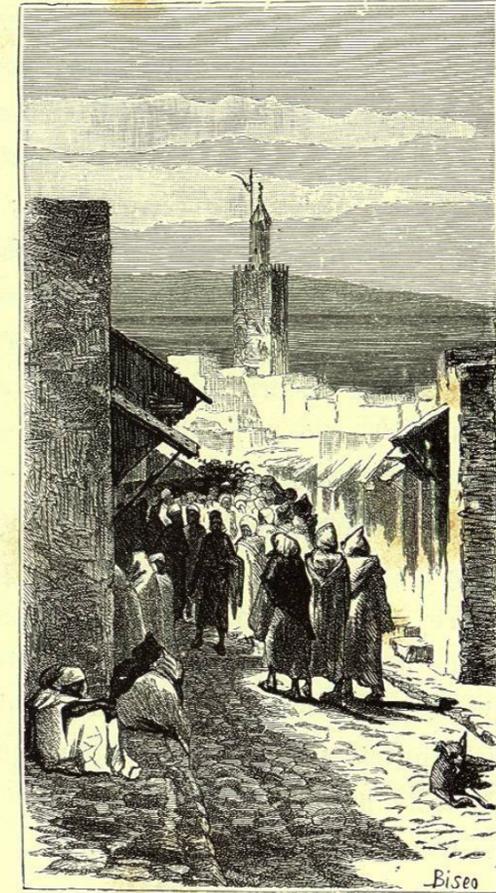
En cuanto lo hube conseguido, empezamos á andar por otras calles. La ciudad es verdaderamente digna de sus habitantes. Inextricable laberinto de callejuelas tortuosas, ó mejor, estrechos corredores flanqueados de casuchas mezquinas, cuadradas y de blancura deslumbrante, sin ventanas, y con unas puertecillas por las cuales á duras penas pasa una persona: casas que parecen hechas más bien con el intento de esconderse en ellas, que para que sirvan de habitación, y cuyo aspecto tiene tanto de cárcel como de convento. En muchas de aquéllas nada más se descubre que el blanco de las paredes y el azul del cielo: de cuando en cuando uno que otro arco morisco; algún calado y diminuto ajimez; alguna faja de almazarrón al pie del muro, ó una mano pintada de negro junto al dintel de una puerta, con el propósito de conjurar el influjo de los espíritus malignos. Casi todas las calles están atestadas de montones de basura, formados de legumbres y verduras medio podridas, plumas, despojos, huesos, no faltando uno que otro perro ó gato muerto, cuyo cuerpo en descomposición llena el ambiente de emanaciones mefíticas. De vez en cuando se encuentra algún grupo de chiquillos árabes que, sempiternamente encapuchados, juegan ó canturrean con voz gangosa los versículos del Corán; algún mendigo acurrucado; algún moro caballero en una mula; algún borrico, que, molido á palos por el árabe que medio desnudo lo arrea, apenas puede con su carga; perros rabones y escuálidos y gatos que se transparentan de puro flacos. En

todas partes se siente olor á ajos crudos, á humo de teas, á aloé quemado, á resina y á benjuí. Y lo mismo se ve en toda la ciudad, sea la que se quiera la dirección en que se recorra, hallando siempre la misma deslumbrante blancura y el mismo aire de misterio, de tristeza y de pesadumbre.

Después de un breve paseo por las calles, volvimos á penetrar en la plaza principal, por no decir única de Tánger, cortada por una larga calle que, comenzando junto al mar, atraviesa toda la ciudad. Es una plazuela rectangular, rodeada de tenduchos árabes, que, comparados con las tiendecillas de la más miserable de nuestras aldeas, parecían miserables tugurios. Á un lado se ve una fuente constantemente rodeada de árabes y de negros ocupados en llenar odres y alcarrazas; en otra parte pueden distinguirse ocho ó diez mujeres, que sentadas todo el día sobre el duro suelo, y cubierta la cara con su velo inseparable, venden pan. En derredor de la plaza levántanse las modestísimas casas de las Legaciones extranjeras, que, no obstante, osténtanse como verdaderos palacios sobre la confusa muchedumbre de casucas moriscas. En este espacio reducidísimo se halla concentrada toda la vida de Tánger, que es la vida del más modesto villorrio. Allí se hallan establecidas la única tabaquería que existe en la población; la única tienda de comestibles; el único café, consistente en una sala que en medio tiene una mesa de billar, y la única esquina en que de tarde en tarde se ve fijado algún anuncio impreso. Allí se reúnen los granujas semidesnudos, los moros ricos y desocupados, los judíos que hablan de negocios, los faquines árabes que aguardan la llegada del vapor, los empleados de las Legaciones que esperan la hora de ir á comer, los extranjeros recién llegados, los intérpretes, los mendigos. Encuéntrase allí el correo portador de las órdenes del sultán

de Fez, Mequinez ó Marruecos, y el criado que vuelve de la estafeta con los periódicos de Londres y de París; la bella del harem y la esposa del ministro; el camello del beduino y el falderillo de la dama; el turbante y el sombrero de copa; las robustas armonías del piano que brotan á raudales al través de las ventanas de un Consulado, y la plañidera cantilena que se abre paso por entre la puerta de la mezquita. Es, en suma, el último punto donde llegan los apagados ecos de la civilización europea, que se pierden y desaparecen en el inmensísimo mar muerto de la barbarie africana.

Desde la plaza, remontando la calle principal, y después de haber atravesado dos antiquísimas puertas, salvamos los muros de la ciudad, cuando comenzaba á anochecer, y nos encontramos en mitad de un espacio abierto junto al flanco de una colina, llamada Zoco de Barra, en el cual se celebra el mercado todos los jueves y domingos. De cuantos lugares he contemplado en Marruecos,



Zoco de Barra

ninguno me ha hecho sentir más profundamente que éste el carácter del país. Es una porción de terreno desnudo, lleno de altibajos y sinuosidades: á cosa de la mitad de la pendiente se descubre la tumba de un santón, formada por cuatro paredes blancas: en la cima, un cementerio: algo más lejos, algunos pies de pitas y chumberas: debajo, los almenados muros de la ciudad. En aquel momento distinguíase junto á la puerta un grupo de mujeres árabes sentadas en el suelo, con montones de hortaliza delante; al lado de la tumba del santón una larga fila de camellos echados; un poco más arriba, algunas tiendas negruzcas y una porción de árabes sentados y pendientes de la palabra de un anciano que de pie les refería una historia; aquí y allá vacas y caballos, y en lo más alto de la meseta, entre las piedras y los montoncillos de tierra del cementerio, otros árabes inmóviles como estatuas, con el rostro vuelto hacia la ciudad, sumida en la sombra toda su figura, y destacándose las puntas de sus capuchones sobre los celajes que en el horizonte doraban los postreros rayos del sol. Sobre todo el cuadro difundíase una tranquilidad, un silencio, una melancolía de color y de sonido, que sólo podría traducir la voz humana, pronunciando pausadamente palabra tras palabra, al oído del que escucha, cual acontece cuando se confía un secreto.

El guía me sacó de mi contemplación y me condujo de nuevo á la fonda, en la cual la contrariedad que experimenté al verme entre gente completamente desconocida para mí, se mitigó un tanto ante la consideración de que eran todos europeos y cristianos que vestían como yo. Estábamos en la mesa unas veinte personas, entre señoras y caballeros, de nacionalidad diferente; pero que ofrecían la acabada imagen del extraño cruzamiento de familias é intereses que se realiza en

aquel país. Un francés nacido en Argel, esposo de una inglesa hija de Gibraltar: un español de esta ciudad, casado con la hermana de un cónsul portugués de la costa del Atlántico: un anciano inglés con una hija nacida en Tánger y una sobrinita natural de Argelia: familias errantes de uno ú otro continente ó desparramadas sobre ambas costas, que hablan cinco idiomas, y viven mitad á lo árabe mitad á lo europeo.

En cuanto comenzó la comida, empezóse una conversación general y animada, ora en francés, ora en español, con una que otra palabra árabiga, sobre asuntos completamente extraños y distintos de los que suelen usarse en las conversaciones europeas, tales como el precio de un camello; el sueldo de un bajá; si el Sultán es blanco ó es mulato; si era verdad que habían sido enviadas á Fez las cabezas de diez revoltosos de la provincia de Garet; cuándo llegarían á Tánger aquellos religiosos fanáticos que se comen los carneros vivos, y otras por el estilo que hacían bullir en el pecho el diablo de la curiosidad. Más tarde llególe el turno á la política europea, con aquel no sé qué de incongruente que se observa siempre en la conversación sostenida entre gentes de países diversos, y aquellas frases huecas y de cajón con que se habla de una política que no se conoce á fondo, y que se reducen á fantasear alianzas y guerras fabulosas que carecen de fundamento. Después de lo cual la conversación vino á recaer sobre el asunto inevitable de Gibraltar, la gran Gibraltar, el centro de atracción de todos los europeos de la costa, donde se envía á los hijos para que se instruyan, donde se va á comprar el vestido, y á encargarse un mueble, y á oír la ópera, y á respirar una bocanada de aire europeo. Por último tocóle su turno á la próxima salida de la embajada italiana á Fez, con lo cual cúpome la grata